

EL MUNDO DE LAS “IRREALIDADES” DE FRANCISCO TARIO

Ana Ma. Del Gesso Cabrera

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Hacer literatura fantástica es probar a descubrir en el hombre la capacidad que éste tiene para ser fabuloso o inmensamente grotesco. [Es] lograr que lo inverosímil resulte verosímil, ésa es la tarea.

Y a mayor simplicidad y audacia, mayor mérito.

Francisco Tario

La obra de este autor, mexicano por nacimiento, radicado en España durante largo tiempo, es poco conocida, poco leída y, por lo tanto, poco comentada. Su vida abarca 66 años del siglo XX (1911-1977). Publica sus primeros libros en México entre 1943 y 1952 y uno, el último en vida, en Madrid: *Una violeta de más*. Una obra de teatro y una novela son apariciones póstumas.

Es en 1943 cuando publica una serie de cuentos bajo el título de *La Noche* y así se inserta en un universo literario nuevo, e incursiona por caminos que exploran territorios ignotos para la producción vigente en ese tiempo. El realismo da paso a una nueva manera de escribir, donde la imaginación se entroniza, lo fantástico se apodera de la historia, la realidad es vestida o revestida con las galas del sueño; lo que provoca

deformaciones, travestismos, carnavalizaciones, saltos al vacío, viajes a otros tiempos, a otros sitios, con personajes extraños, transgresores, con bestiarios, con transmigraciones del alma y con paseos a recónditos lugares íntimos de los personajes.

Es el tiempo de Felisberto Hernández, que desquicia la realidad y deja deambular sus despojos por terrenos de la locura; de Horacio Quiroga, que tiñe de exageraciones la naturaleza y se enclava en lo patológico; de Borges, el hacedor de mundos laberínticos, infinitos, repetibles y, al mismo tiempo, únicos; de Bioy Casares, creador de inventos y constructor de nuevas realidades; de José Revueltas, de Martínez Sotomayor, de tantos otros. Éstos en el marco de nuestra Latinoamérica, no despreciando las posibles influencias “detectadas” por los pocos estudiosos de Tario: el Marqués de Sade, Jules Renard, E. M. Cioran, el Conde de Lautréamont, D’Annunzio, los novelistas rusos, en especial Dostoievski, Ionesco, Valle Inclán y Bachelard.

Es notoria la insistencia por encontrar la raigambre de las obras de Tario, en muchos casos forzada. ¿Por qué no pensar que surgen enmarcadas en la tendencia literaria ligada a la ruptura de las vanguardias, en especial del surrealismo, a la irrupción del existencialismo y a todos aquellos movimientos de variada índole que permitieron bucear en el hombre mismo, navegando por aguas no exploradas, seductoras, atrapantes y ominosas?

Se rompe con lo que se estila y se crea lo diferente, lo extraño, lo desbordante. Posiblemente la vuelta permanente, el eterno retorno al romanticismo de casi toda la producción de hoy (el neorromanticismo) sea una explicación más en la creación de este autor. Me refiero, sobre todo, al tema de lo fantástico, que tiene clavada las uñas ahí, en lo romántico, y las cicatrices son indelebles, ni el modernismo, ni el propio Rubén Darío pudo borrarlas.

El antiguo mundo de lo fantástico surge desde un fondo de creación, de imaginación cuyo centro es íntimo, es interior, personal, hondo, que es expresión de los pliegues más escondidos y oscuros de nuestra personalidad. De allí que cuando se quiere “dibujar el mundo”, sólo se

traza la imagen de nuestra propia cara, parafraseando al Borges de *El Hacedor*.

Además, la idea de que todo es un sueño interminable donde las formas se repiten, es lo que permite crear un universo misterioso que nos provoca fascinación y nos conmueve; se suspende lo lógico, lo inteligible para poder adentrarnos en un mundo posible, también existente, también construido, donde los límites se disipan y los territorios se permean.

La imaginación es fuente inductiva de la realidad. El sueño es antecedente de toda verdadera obra de arte, de toda ficción. Las creaciones de la literatura fantástica ahuecan de alguna forma la gravidez del presente y de lo cotidiano, rompen la dureza de su solidez y abren la expectativa a una cierta ingravidez metafórica. Sueño, alucinación, símbolo, son expresión y creación humana y, por lo tanto, temas de la literatura fantástica. No abundaré en lo ya sostenido por la crítica, por los teóricos del punto; sólo señalaré que el autor que nos ocupa en esta ocasión hace uso de varios recursos propios de este género: lo macabro, el humor, lo grotesco, lo erótico. Sus creaciones gustan de lo onírico, lo sobrenatural, lo morboso, del desdoblamiento y de lo fantasmal.

El sueño, ese infiel reflejo de la realidad, descubre una realidad efímera y contradictoria de la "real" que permite ganar un paulatino enriquecimiento de las cosas y de los sujetos. Es una vía de acceso a mundos de mayor intensidad que muestran facetas de sombra y que pueden conducir a la pérdida de conciencia o a un exiguo escape a la locura. Además, ya lo sabemos, representa la forma que suele tomar el deseo para albergarse, es la forma que imprimimos a la realidad sin constreñimientos, en libertad, absolutamente desligados de trabas que nos limitan y enajenan. Es, en definitiva, un acto puro de evasión de este mundo y la aceptación de la existencia de otro. Es la franca lucha entre la alucinación y la vigilia, entre la cordura y la fantasía.

Por otra parte, lo sobrenatural se presenta, en primer término, como sensación de extrañeza que pone en entredicho lo real y el existir mismo. Según Octavio Paz,

el universo está imantado. Una suerte de ritmo teje tiempo y espacio, sentimientos y pensamientos, juicios y actos y hace una sola tela de ayer y mañana, de aquí y de allá, de náusea y delicia. Todo es hoy. Todo está presente. Todo está, todo es aquí. Pero también todo está en otra parte y en otro tiempo. Fuera de sí y pleno de sí. Y la sensación de arbitrariedad y capricho se transforma en un vislumbrar que todo está regido por algo que es radicalmente distinto y extraño a nosotros. El salto mortal nos enfrenta a lo sobrenatural. La sensación de estar ante lo sobrenatural es el punto de partida de toda experiencia [fantástica] (127).

El relato “Entre tus dedos helados”, incluido en *Una violeta de más* (1968), es motivo de una lectura particular y de nuestras reflexiones.

Al decir de Vicente Francisco Torres, es “el libro [...] más acabado, porque su idea, como las que moverán los últimos cuentos que publicó en vida, son redondas, insólitamente concebidas y llevadas a cabo con pulcritud y un derroche de imaginación. En ellas el autor alcanza con creces ese ideal de que lo inverosímil sea verosímil” (115).

Este cuento se caracteriza por el juego insistente entre dos mundos irreconciliables: el real y el otro, el extraño, el de los sueños, el de las “irrealidades”. Esta dualidad provoca titubeos, ambigüedades, desdoblamientos que se van trenzando y van construyendo la historia encajada en dos universos distintos, separados, pero que se tocan, se imbrican, se compenetran dando una continuidad ágil y sorprendente a la lectura. Es un vaivén fluido de la vida a la muerte, a la no vida. Todo se trastoca, la vida está en la muerte y en la muerte hay otra vida vivida (¿o soñada?).

El vivir humano, el “inefable rumor” de la vida mostrado por Tario, está pleno de sensaciones “descritas con minuciosa voluptuosidad”, está salpicado de detalles sensoriales donde la percepción como una forma de construcción del sentido se arropa con sus mejores vestiduras.¹

¹ Para el tema de la percepción ver, entre otros, a Pierre Ouellet, Teresa Keane y Jean-Marie Floch.

En el cuento seleccionado, las entradas y salidas de un mundo a otro, el viaje permanente y eterno, el juego de planos y la modalidad de ser, a la vez, narrador y personaje de insólitas situaciones no queridas, repudiadas y atrapantes, trae a cuenta la idea de Merleau-Ponty acerca de ser al mismo tiempo vidente y visible. El que mira a su alrededor, también puede mirar y mirarse y reconocer entonces en lo que ve el “otro lado” de su potencia vidente. Él se ve viendo, se toca tocando, es visible y sensible para sí mismo. Es un sí mismo que está preso entre las cosas, con una cara y un cuerpo, un pasado y un porvenir. Visible y móvil, su cuerpo está en el tejido del mundo, es una cosa más de él. Así, desdoblado, entrando por vía del sueño a otro mundo, el estudiante del cuento ve prolongar su carne en ese otro mundo, en otro tiempo, en otro espacio como si hubiera transpuesto un espejo mágico.

En este texto podemos identificar varias historias cuidadosamente unidas y separadas a la vez, metidas una dentro de la otra, como injertadas o subsumidas entre sí. Estas historias rozan temas variadísimos movidos en las brumas del sueño y del no sueño, de lo racional y lo no lógico, de lo real y lo irreal, de lo deseado y no obtenido. Esos temas tienen matices de lo policial, de lo romántico, de lo erótico y de lo fantástico. Lo imprevisible es el condimento principal.

El joven durmiente entra al mundo de los sueños; mundo del cual no podrá escapar y donde vive, sueña y protagoniza hechos ya vividos por él mismo (¿en otra existencia, en su conciencia?).

Se ve a sí mismo caminando por un bosque, se oyen ladridos de perros, se ve la luna brillante. Sensaciones olfativas, visuales, auditivas llenan la noche otoñal exageradamente estrellada. De las aguas del estanque surgen insólitamente varios hombres con impermeables, alumbrándose con velas; uno de ellos hace anotaciones. El narrador recrea un ambiente de misterio con dosis de romanticismo detectivesco. El personaje que cuenta sabe, por sus vigilantes, que se investiga el asesinato de una joven, no hay cuerpo, sólo una estatua decapitada, enmohecida en las aguas y visitada por múltiples peces. En ese momento se produce el corte: la conciencia de estar soñando, la mirada desde el

sueño al mundo real. El anclaje con el mundo dejado, un retorno a su casa, su cama, su gente. Da la impresión que el sueño fuera lo “real” y que lo que realmente sucede fuera el sueño.

Nuevamente en el mundo de lo soñado, se sabe sospechoso de la muerte de la mujer y es sometido a exhaustivos interrogatorios. Se siente atrapado por las circunstancias de los dos mundos: en uno, por no poder comunicarse y en el otro, por no poder huir y no entender de qué se trata. Se le muestra un álbum de fotografías donde él mismo está (nace, entonces, una tercera historia donde él es, a la vez, quien observa y quien es observado). En las fotos se reconoce y reconoce a su hermana de quien estuvo (¿está?) enamorado y con quien vive un amor incestuoso, delirante, sofocante, perverso. La historia amorosa de los jóvenes es rescrita a través de imágenes de fotografía (presencia en ausencia).

Nueva apelación al mundo “real”: “Estoy soñando” (Tario 187), grita, quiere retener el mundo de afuera y está preso en el mundo de adentro. Encerrado en un lóbrego edificio y custodiado por mastines guardianes, es visitado, una noche por “ella”. La extraña joven, la misma de la foto, la misma con quien vivió el atormentado romance, la misma que creen muerta. Belleza demoníaca, de ojos luminosos, desenfadada, sensual, invasora.

Frente a la natural incertidumbre de lo “vivido y sentido” quedó, como la flor de Coleridge, una cinta de color de rosa como prueba de lo que fue.

Soñó dentro del sueño, lo soñado abrió otro sueño, otra historia donde él se repite insistentemente.

Y despertó al sueño.

En el mundo “real” ya no despierta, muere, pero está vivo. Él se ve como a través de un vidrio y ve la escena. La desesperación por comunicarse con ese más allá le obliga a atraer la atención de su madre y demás familiares. Intento vano, nadie lo oye, nadie lo ve. Asiste a su propio funeral como en tantas obras románticas: *El estudiante de Salamanca*, de Espronceda, el *Don Juan Tenorio* de Zorrilla y algunas

leyendas becquerianas. Contempla su propia muerte y entra a la vida de la otra vida donde “ella”, astuta y maquiavélica, lo espera amorosa.

Muchas características de lo fantástico son fácilmente reconocibles en la obra de Francisco Tario, en especial en este cuento, donde el gusto por lo morboso, lo macabro, el misterio y la sensualidad tienen el vuelo necesario para conformar un texto mezcla de erotismo, de cuento policiaco y de enigma, donde lo siniestro es el plato fuerte.

La duda sigue y seguirá en pie, ¿cuál es la frontera entre uno y otro mundo, entre uno y otro tiempo, entre uno y otro lugar?

En conclusión, la esencia y la existencia, lo imaginado y lo real, lo visible y lo invisible se confunden, se unen, y se despliegan en un universo onírico donde los umbrales se mueven, se desdibujan, se pierden para dar lugar a nuevas significaciones, a nuevos sentidos.

Obras citadas

- BORGES, Jorge Luis. *El Hacedor*. Madrid: Alianza Editorial, 1981.
- FLOCH, Jean-Marie. *Petites mythologies de l'œil et de l'esprit*. Paris / Amsterdam: Hadès / Benjamins, 1985.
- KEANE, Teresa. “Figurativité et perception”. *Nouveaux Actes Sémiotiques* (Limoges), 17 (1991): 97-114.
- MERLEAU-PONTY, Maurice. *El ojo y el espíritu*. Trad. Jorge Romero Brest. Barcelona: Paidós, 1964.
- OUELLET, Pierre. “Signification et sensation”, *Nouveaux Actes Sémiotiques* (Limoges), 20 (1992): 42-54.
- PAZ, Octavio. *El arco y la lira*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- TARIO, Francisco. *Una violeta de más*. México: Joaquín Mortiz, 1968.
- TORRES, Vicente Francisco. “Francisco Tario y la narrativa fantástica”. En su libro *La otra literatura mexicana*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 1994. 99-124.